

Aunque cuatro de nuestros nietos viven en Indiana y dos de ellos viven en Wisconsin, le agradecemos a Dios que tenemos una buena relación con ellos. De vez en cuando los cinco mayores nos llaman o nos envían textos o correo electrónico para que la mayoría del tiempo nos quedamos en contacto. Nuestra nieta más vieja, Christine, ha hablado con mi esposa Ruth y conmigo desde que ella tenía diecinueve años acerca de sus relaciones con los hombres jóvenes. Ahora ella tiene veintiséis años y un hombre obviamente quiere—al menos obviamente a Ruth y a mí—quiere casarse con ella. Esta semana Christine nos llamó y en una parte de la conversación, ella me dijo, «Abuelito, él me dijo, “Si yo te preguntaré que te cases con migo, ¿dirías, «Sí» o «Quizás?» Ella dijo, «Yo le pedí a él si yo le debiera preguntarle a él la misma pregunta, ¿qué él diría?» Él me dijo, «Sí». Ella dijo, «Abuelito, ¿crees que él quiere decir esto en verdad?» Dije, «Sí». Entonces ella dijo, «¿En verdad? Esto da miedo». Y yo le dije a ella, «Christine, si tú no tienes al menos un poco de miedo, tú no tienes ninguna comprensión en absoluto de esto».

Nuestro Evangelio de hoy es uno que especialmente me gusta porque nos da una cuenta de la reunión de Pedro y Jesús después de que Pedro traicionó a Jesús tres veces. ¿Pueden ustedes imaginarse cómo Pedro se sintió cuando vio a Jesús después de todo que había ocurrido. Recuerden ustedes que después de que Jesús fue detenido, Pedro lo siguió, pero permaneció fuera del patio. Tres veces las personas le preguntaron a Pedro si él fue un discípulo de Jesús. En efecto, le pedían a Pedro, «¿Es un amigo íntimo de este hombre?» Y tres veces Pedro insistió que no lo era. Jesús fue juzgado, crucificado, y sepultado. La primera persona a quién él apareció fue María Magdalena, luego a los discípulos cuando Tomás fue ausente, luego a todos ellos, como escuchamos en el Evangelio del domingo pasado en su encuentro con Tomás. En el Evangelio de hoy Jesús se les aparece a los siete que habían retomado a su trabajo previo; habían ido pescando.

Esta vez, después de que ellos almorzaron, Jesús le habla a Pedro solo. ¿Cómo debe haberse sentido Pedro cuando Jesús apareció? Pedro estaba presente con los otros discípulos. Luego, escuchó las palabras de Jesús a Tomás, pero ninguna a él. Ahora Pedro está solo, cara a cara con el uno que el negó tres veces, el hombre-Dios con cual él había pasado tres años como un amigo íntimo.

«Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?»

Él le contestó: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero».

Jesús le dijo: «Apacienta mis corderos».

Por segunda vez le preguntó:

«Simón, hijo de Juan, ¿me amas?»

Él le respondió, «Sí, Señor, tú sabes que te quiero».

Jesús le dijo: «Pastorea mis ovejas».

Por tercera vez le preguntó:

«Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?»

Pedro se entristeció de que Jesús le hubiera preguntado por tercera vez

si lo quería y le contestó:

«Señor, tú lo sabes todo; tú bien sabes que te quiero».

Jesús le dijo: «Apacienta mis ovejas».

.....

Después le dijo: «Sígueme».

Me gusta este pasaje, y especialmente me gusta leerlo en español. Como saben, el inglés no distingue entre tipos de amor de la manera en que hace español. El español puede transmitir más cerca los tipos de amor que se encuentran en el original griego. La primera vez, Jesús usa la palabra «ágape,» una palabra que se refiere a un amor que es espiritual, desinteresado, y piadoso. Pedro contesta con la palabra, «filia», una palabra que se refiere al amor como en la amistad. Español puede transmitir algo de esa diferencia con «amar» y «querer». Observen, también, que Jesús no lo llama «Pedro», el nombre que Jesús le había dado, un nombre que significa «roca». Jesús le preguntó: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas con un amor que es espiritual, desinteresado, y piadoso?» Pedro respondió: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Otra vez, Jesús preguntó: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas con un amor que es espiritual, desinteresado, y piadoso?» y Pedro respondió: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». La tercera vez Jesús preguntó: «Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?» Pedro en tristeza respondió: «Señor, tú lo sabes todo; tú bien sabes que te quiero».

Nosotros podemos decir muchas cosas acerca de este pasaje. Es la segunda oportunidad para Pedro. Es la rehabilitación de Pedro. En este pasaje vemos a Jesús ayudarlo a ser más que un asustado Simón. Vemos a Jesús ayudarlo ser la «roca», el nombre que Jesús le dio. Vemos a Jesús aceptar la incapacidad de Pedro a amarlo en la manera que Jesús quiere ser amado, pero también la disposición de Jesús de aceptar a Pedro como es con la conciencia aparente que, con ese principio, el amor de Pedro puede crecer y convertirse

en el amor que Jesús desea. Sin embargo, no puedo parar de preguntarme si Pedro no estaba pensando, «¿En verdad cree Jesús que puedo amar como eso? En verdad esto da miedo».

Jesús nos pregunta a cada uno de nosotros exactamente lo que él pregunta a Pedro: «¿Me amas?» Y si creemos que en verdad Jesús está preguntándonos esta pregunta, seguramente nosotros también decimos, « En verdad esto da miedo». Quiero concluir la homilía con esta oración:

Bueno y misericordioso Señor, sabemos que no somos dignos de tu amor, pero pedimos que tu nos des el coraje de darte cualquier tipo de amor que, en este momento, estamos capaces de dar, porque sabemos, en la manera que tu transformaste a Simón en Pedro, tú puedes transformarnos a nosotros si te damos a ti el amor que tenemos. Amén.